



**BOMBAY  
ULTIMA  
VENGANZA**

UN THRILLER DE  
**DAVID  
RIBAS**

**ALFREDO DE BRAGANZA**

El fanatismo islámico apunta otra vez contra España. El país vive bajo un nivel elevado de amenaza terrorista, su mayor peligro: musulmanes radicalizados de nacionalidad española. Perseguido por la organización el Cervantes, Saif Khan tendrá que huir de Barcelona al país de origen de sus padres, la India. No será el único. Ante esta eventualidad, la organización secreta de lucha antiterrorista pedirá ayuda a David Ribas. Pero, al mismo tiempo, se produce una filtración en el Cervantes que pondrá en riesgo a toda la organización. Paralelamente, David Ribas se verá envuelto en una serie de crímenes impactantes, un lucrativo comercio ilegal que financia al terrorismo islámico: el tráfico de órganos infantiles. A medida que las piezas se unan, el exoperativo español se verá involucrado en una red de mentiras y engaños por parte de sus compatriotas españoles, mucho peor de lo que él podría imaginar.

*A Ben-Ygal  
A Dino y Ariam, con cariño*

# BOMBAY, ÚLTIMA VENGANZA

Alfredo De Braganza

«¿Qué mejor manera de morir puede tener un hombre que la de enfrentarse a su terrible destino, defendiendo las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses?».

Thomas Macaulay, «Horacio Cocles»,  
*Cantos de la Antigua Roma*

## Prefacio

Dentro de unos minutos comenzaría el desfile por la calle principal de la esperada cabalgata de Reyes.

En una calle lateral dos musulmanes terminaron de rezar en el interior de una furgoneta. Ansiaban convertirse en mártires de la lucha contra los enemigos del islam. Eran jóvenes y habían sido fácilmente influenciados.

Jamil Ahmed volvió al asiento frente al volante y Zaidan Al-Nasser al de copiloto. Se tomaron unas pastillas para paliar el nerviosismo.

Un grupo de jóvenes pasaron alegremente por la acera hablando muy alto. Uno de ellos empujó a otro entre risas, golpeando la espalda contra la carrocería de la furgoneta y asustando a los dos pasajeros de su interior. Se marcharon jovialmente sosteniendo anchos vasos de plástico con cerveza.

En aquel suburbio de Madrid el ambiente en la calle no podía ser más alegre y entusiasta.

Zaidan recibió una llamada al móvil. Un hombre con voz profunda, habló en árabe:

—Os repito de nuevo las instrucciones. No os mostréis nerviosos cuando salgáis a la calle. Tomaos vuestro tiempo. Jamás corráis cruzando una calle, porque llamaréis la atención. Que Alá os acompañe.

El agente de policía García caminaba observando todo a su alrededor. Saludó a un par de conocidos y se felicitaron las fiestas. El ser alto lo consideraba una ventaja. Cuan-

do se enfundaba sus botas aumentaba unos centímetros a su metro noventa y cinco.

Sus compañeros se lo tomaban con sorna, ya que decían que podían ver su cabeza destacada sobre un tumulto de gente. Su altura era una ventaja ya que servía de punto focal a cualquier compañero perdido entre una multitud.

Alertados sobre la posibilidad de un ataque terrorista, se habían implantado medidas especiales. El comisario les advirtió antes de salir de patrulla:

—Pretenden hacer cuanto más daño posible de la forma más espectacular posible. Por ello quieren atentar contra las costumbres culturales de nuestro país. Más que nunca tenéis que estar ojo avizor. Pueden ser terroristas suicidas a pie de calle, me parece lo más probable. Pero también pueden hacer uso de vehículos, una moto, un coche, una furgoneta o un camión.

Se quedó quieto estudiando todo a su alrededor. Un grupo de turistas embobados se mezclaba con público local indiferente a la algarabía de la calle.

El ayuntamiento había permitido a regañadientes la instalación de cámaras de vídeo temporales en la calle. Argumentaban que era una forma de controlar a la ciudadanía y que iba en contra el derecho a la privacidad. Pero la policía las veía necesarias, ya que cubrían los puntos ciegos que dejaban al girar y de ese modo nadie podría colarse.

El sonido era ensordecedor, el público había aumentado considerablemente.

Al cruzar un paso de peatones, se fijó en una furgoneta gris aparcada extrañamente al lado de un contenedor de basura. El grupo de turistas le abordó; uno de ellos sujetaba un plano urbano.

En el interior de la furgoneta, Jamil Ahmed y Zaidan Al-Nasser se abrazaron.

—Que Alá te acompañe —entonó Jamil. Su compañero musitó la misma bendición.

En el interior de la comisaria un joven policía recién graduado llamó la atención a su superior.

—Acabamos de recibir una llamada anónima. Dice que va a producirse un atentado en la cabalgata.

—Déjame escucharla.

Desde un ordenador reprodujeron la grabación.

—Escúchenme, porque no lo repetiré más, Dentro de unos minutos estallará una bomba en la cabalgata. Concretamente, en la calle Poveda a la altura de la sucursal del BBVA. Tienen que prevenirlo deteniendo a dos jóvenes de origen marroquí.

A pesar de la urgencia de las órdenes que circularon por radio, el denso tráfico de peatones hacía casi imposible el movimiento de una calle a otra en un corto periodo de tiempo.

El agente García se encontraba hablando en un inglés macarrónico con el grupo de turistas americanos, que prestaban con sonrisas su jovial uso del idioma, cuando Jamil se percató a través del parabrisas de su presencia, y se quedó absolutamente petrificado. Solo le bastó al policía alzar la cabeza para chocar su mirada con la de los pasajeros del interior del vehículo sospechoso.

En aquellos momentos el desfile estaba llegando a la altura de la sucursal bancaria.

—Tenemos que actuar, ya —dijo Jamil.

—Todavía no es el momento.

El agente García alertó a través de su walki-talkie. Apartó con su enorme brazo al americano que sostenía el plano urbano, generando comentarios en inglés por sus sorprendidos compañeros ante aquella reacción tan inesperada. Con la mano sobre la pistola enfundada comenzó a caminar deprisa, avanzando hacia el vehículo.

—Arranca —ordenó Zaidan—. Ahora es el momento.

No podían esperar más. Jamil giró la llave del encendido y la furgoneta cobró vida.

Viendo que el vehículo comenzaba a moverse, el agente García salió de la acera hacia el asfalto gritando con aspavientos a todos los transeúntes para que se alejaran. No había duda: dos jóvenes de aspecto sospechoso en un vehículo dispuestos a usarlo como herramienta para cometer un atentado. El reguero de gente no se tomaba en serio sus indicaciones, no se movían con apremio. Sacó el arma y efectuó dos tiros al aire. La gente corrió en todas direcciones.

Jamil pisó el acelerador revolucionando el motor al máximo. Giró con violencia el volante y se dirigió directamente hacia el policía situado en medio de la calzada.

El agente García se colocó en posición de tiro. Disparó, una bala en dirección al conductor, luego puso la rodilla en el suelo y efectuó otro tiro hacia la rueda derecha.

El primer disparo había perforado el cristal alcanzando en el cuello a Jamil. Estaban a punto de golpearle cuando el segundo disparo hizo estallar una rueda delantera. Ambos jóvenes sintieron que el pánico se apoderaba de ellos. Vieron al policía levantarse y disparar por tercera y cuarta vez contra el parabrisas. Una bala alcanzó la cabeza de Zaidan y otra se alojó en el pecho de Jamil.

Jamil perdió el control del volante e instintivamente su peso corporal presionó el freno. Entre chirrido de neumáticos la furgoneta giró a la izquierda. Trazando una curva, golpeó con violencia el bordillo, chocó contra un bolardo y salió disparada por el aire, hasta caer volcada sobre el lado derecho con un golpe sordo en la calle principal.

Un grupo de policías corrieron y comenzaron a gritar para dispersar al público y urgiendo a la gente para que se apartasen de los balcones y las ventanas.

Se empezaron a oír los sonidos de las sirenas.

Cuando la noticia se propagó como la pólvora, la primera respuesta inmediata fue de alivio al saber que no habían muerto personas inocentes.

Se alabó al agente García, al comisario y a todo el cuerpo de policía de la comisaría. Se concedieron diferentes medallas y premios, bien merecidas. Hubo entrevistas en radio, prensa y televisión. En su círculo de colegas el agente García argumentó que la premonición había jugado un papel fundamental en todo aquello, así como la suerte.

Sin embargo, la reacción en la sombra de los cuerpos de seguridad del Estado y en los medios de inteligencia fue muy distinta. En la furgoneta no había explosivos. No sabían si alegrarse por haber evitado una matanza o afligirse porque casi habían permitido que ocurriera. ¿Negligencia? La asunción de responsabilidades no tardó en llegar.

Del suspiro se pasó luego a un ambiente de ansiedad, donde periodistas y jefes de la oposición buscaban culpables. Exigían responsabilidades. ¿Por qué no habían detectado a esa célula terrorista? ¿Y si hubieran llevado explosivos? ¿Y si en vez de usar la furgoneta se hubieran inmolado a pie en la cabalgata? La impresión de lo que hubiera podido suceder era espeluznante. Hubo miedo.

Durante los siguientes días fueron ya pocos los medios periodísticos que aplaudieron a los servicios de seguridad, relegando al ostracismo al agente García, a quien se le achacó el haber matado a sangre fría a dos jóvenes inmigrantes inocentes. Las pruebas que aducían era que no llevaban armas ni explosivos. Argumentaron que la presencia intimidatoria del agente García los asustó tanto que tan solo pretendían huir del lugar. Incluso diferentes organizaciones pro derechos humanos y de ayuda al refugiado criticaron al ministro del Interior.

Se organizó una concentración frente al ayuntamiento de la localidad, en la que participó un numeroso grupo de miembros de la comunidad musulmana de Madrid. Llamaron fascista y asesina a la policía, se leyeron discursos y poemas de protesta y se enarbolaron banderas y pancartas de distintas procedencias y de todo tipo.

Pero el suceso tuvo una vida corta. Tras la festividad navideña se reanudó la liga española de fútbol. Un tren descarriló cerca de Londres y cuatro estudiantes españoles resultaron heridos. Un grupo pop de Corea del Sur ofreció un concierto en Madrid y otro en Barcelona durante una gira. Y de ese modo, el valor de lo sucedido pocos días atrás fue menguando entre la opinión pública.

La impotencia e indefensión en la inteligencia española y en los miembros de los cuerpos de seguridad del Estado era abrumadora. Se quedaron mortalmente preocupados sobre cuándo y dónde podría prepararse un nuevo golpe.

Los terroristas habían demostrado a las autoridades españolas que tenían el control sobre la vida o la muerte de personas inocentes.

# I LA TRAICIÓN

## 1

La sombra de los árboles aportaba frescor a la calle. El tráfico de Madrid era particularmente lento. Laura García cruzó el paso de peatones, giró a la izquierda en la siguiente calle y caminó rápidamente hasta el bar.

A las nueve y media de la mañana el local estaba lleno de clientes, como era habitual. El bar estaba situado muy cerca de la estación de tren de Atocha, y muchos clientes entraban y salían con prisas. Unos recogían sus pedidos, bocadillos para llevar envueltos en papel de aluminio; otros consumían en sus mesas tomándose su debido tiempo o en la barra ojeando uno de los varios periódicos nacionales y deportivos; otros miraban las pantallas del móvil o simplemente con cara somnolienta y cuerpo desmadejado daban vueltas a la cucharilla del primer café del día.

Una vez dentro, Laura esperó sentada en un taburete de la barra a que le sirvieran un café cortado.

—He visto una furgoneta blanca Citroën Berlingo aparcada en la acera. Cotejad la matrícula, —dijo como un murmullo, dejándose oír a través del pinganillo. El alto ruido ambiental y las múltiples conversaciones superpuestas hacían que sus palabras pronunciadas pasaran desapercibidas como las de un hábil ventrílocuo, sin apenas mover los labios ni los músculos de la cara.

Al cabo de unos segundos pudo oír a alguien informando al respecto.

—Está limpia.

—Hoy en día no puedes llamarte emprendedor si no tienes una furgoneta blanca —dijo otra voz de hombre.

—Ni que lo digas, como una marca de fábrica —contestó otro.

—Venga, chicos, ¿qué es esto? ¿Reunión de marujas? Atentos, en sus puestos —cortó Laura con énfasis.

Sentía el acelerado ritmo de su corazón como solía ocurrir cuando realizaba una operación peligrosa.

Laura García se había incorporado a su puesto aquella misma semana. Un año antes había sido víctima de un atentado terrorista perpetrado contra el consulado de España en Bombay. Fue expatriada y durante meses estuvo en rehabilitación. Había echado de menos la excitación de su trabajo; se sentía feliz de retomar su actividad habitual.

Desde donde estaba situada podía ver la calle y el local Las Mil Maravillas, regentado por tres hermanos pakistaníes. El rótulo sobre el establecimiento, verde y blanco con la media luna, no dejaba duda de la identidad religiosa de los dueños.

Habían estado vigilando aquel supermercado desde hacía semanas. Tenían fichadas a todas las personas que habían entrado e incluso llamado por teléfono o enviado un correo electrónico. Los tres hermanos se turnaban cada ciertos días en atender el negocio. Mientras uno se quedaba trabajando los otros dos hermanos iban a la mezquita, donde permanecían todo el día, o deambulaban por las calles de Madrid, sin aparente rumbo fijo. Pero para los que vigilaban sus movimientos desde la sombra, sabían que esos paseos no eran tan inocentes como aparentaban.

Eran muy cautos. Evitaban aparatos electrónicos, sistemas criptográficos. Utilizaban otros medios de comunicación para contactar con sus compañeros islamistas radicales. Utilizaban medios personales, a pie de calle, como sentarse en un banco público y poner al lado algún objeto como una lata de Coca-Cola en vez de una de Fanta de naranja, dando a entender una u otra información de carácter distinto. También cogían un autobús público de una parada a otra yendo de pie dando la espalda a los pasajeros o de pie con la mirada al frente hacia el cristal del conductor, comunicándose así con otra persona en el interior del autobús.

Pero según las concisas investigaciones del Cervantes, la institución secreta de inteligencia y lucha contra el terrorismo, la más utilizada era el uso de la Cuesta de Moyano. Situada en el trayecto desde la plaza de Atocha hacia el paseo de Alfonso XII, aquella calle era el refugio permanente de libros de segunda mano. ¿Qué hacía un hombre de aspecto musulmán cogiendo un determinado libro, comprándolo o simplemente abriendo uno en particular y buscando una página concreta? Siempre había dos o tres de aspecto árabe guardando las distancias, ojeando cómics y libros. Se intercambiaban mensajes con letras subrayadas en el interior de los libros usados, puntas de hojas dobladas o incluso mediante notas escritas.

Como el tiempo pasaba, y este no perdona en cuestión de terrorismo, la organización el Cervantes decidió secuestrar a los tres hermanos. Bajo un interrogatorio severo, acabarían hablando sobre sus macabros propósitos. Pero sobre todo conseguir cortar la cabeza a la célula terrorista localizando al desconocido líder.

Mientras sorbía su café muy caliente bajo la capa de crema que casi desbordaba la taza, Laura vio a los dos hermanos caminando por la calle. En Madrid había tantos asiáticos como para que los sospechosos que buscaban pasasen inadvertidos. Acababan de cambiar de aspecto: pelo rapado, barba teñida y retocada, y habían cambiado el popular caftán blanco y las sandalias por pantalón vaquero y chaquetas de cuero negras de imitación, típicas de mercadillo dominguero, y deportivas de marca. Sin embargo no tenía duda de que eran ellos.

—Han llegado —dijo casi como un murmullo, dejándose oír a través de su camuflado pinganillo en una frecuencia segura.

—Han cambiado de aspecto —dijo uno a través de su micrófono.

—Son ellos, sin duda —dijo otra voz.